

VERDAD Y REVELACION

Por D. DRAGHICESCO

Ministro de Rumania en México

ACTUALMENTE la humanidad corre, más que nunca, el inminente peligro de una catástrofe, la cual debe conjurar urgentemente para salvar su vida y las adquisiciones de la civilización moderna. Este peligro viene de la desproporción entre nuestros medios técnicos y nuestra moral, entre la ciencia y la conciencia moral, entre los infinitos poderes que pone a nuestra disposición una industria demasiado adelantada y la imperfección de nuestras costumbres. En tiempos pasados, las guerras entre los pueblos podían ser endémicas, pero los medios de matarse eran tan reducidos que sus estragos no amenazaban la existencia de la humanidad. Ahora los medios de destrucción son de tal manera variados y formidables, que una guerra próxima amenaza a los pueblos civilizados con una exterminación total.

A medida que los medios de destrucción se multiplican y se intensifican, se acumulan también las causas de la guerra: rivalidades entre imperialismos, entre razas, entre naciones, entre clases sociales, y competencia sin piedad entre los individuos.

Ciertamente, la experiencia del desastre de 1914-1918, espantó a todas las conciencias y, para conjurar su retorno, se concibió y delineó la Sociedad de las Naciones y el proyecto del desarme general. Desde hace catorce años, la Sociedad de las Naciones arrastra una existencia que se marcha en vez de consolidarse. La guerra se encona en dos regiones, relativamente lejanas, y por consecuencia sin peligro inmediato para Europa. Se intenta, desde hace cinco años, reunir una Conferencia del Desarme. Apenas fue convocada en Ginebra, cuando se comprobó que algunas de las grandes potencias se dedicaban a hacerla fracasar. Mientras se discute sobre el desarme, las naciones se arman con más esmero que el que ponen para adherirse a los proyectos presentados en Ginebra.

Después de lo cual, volverá, dentro de algunos años, si no es que meses, la guerra, con bombardeos aéreos, gases tóxicos y asfixiantes: la guerra sobre y bajo la tierra, sobre y bajo el mar y en el aire, terminando por la exterminación de los habitantes de ciudades y pueblos.

La Conferencia de Ginebra está amenazada no obstante la fuerza de las razones que la sostienen, puesto que se trata de defender la vida y el destino de los pueblos civilizados, y que la Sociedad de las Naciones, que tomó la iniciativa, existe, y las mismas condiciones de su existencia no dejan

de ir en aumento. En efecto, las corrientes de la vida económica, de la vida social, científica y artística, continúan siempre, rebasando las barreras de las naciones y sobrepasando el cuadro de Estados, constituyendo progresivamente el marco real y positivo de una vida internacional. Comercio, finanzas, radiofonía, telegrafía sin hilos (T. S. F.) aeroplanos y submarinos, ignoran las fronteras nacionales y poco a poco se aplican a hacerlas desaparecer.

"La Materia nos Sobrepasa", es el título sugestivo y verídico de un libro que apareció recientemente. En efecto, la característica del momento actual es que a los progresos técnicos corresponde una ideología atrasada y una moralidad lamentablemente estrecha. Nuestra mentalidad, que es aún exclusivamente nacionalista, no puede adaptarse a los resultados de nuestra técnica y a la corriente de negocios, cada vez más internacionales. Por falta de esta adaptación los pueblos civilizados van a su perdición. Necesitamos adquirir una mentalidad universalista, una ideología que corresponda a la situación internacional donde nos ha conducido la evolución histórica, técnica y económica de los últimos siglos. Necesitamos crear una ideología nueva, una nueva moral, no teórica sino práctica; no imaginada sino vivida. Ahora, todo esto, no nos parece factible más que por una fe nueva que sea universal y profunda, como lo fue la católica.

En el primer siglo del Imperio Romano—el primero también de la era cristiana—los cristianos trajeron al mundo la moral, la fe y la ideología, que respondía a la nueva situación histórica y social, creada por el Imperio de los Césares. Debería ser igual ahora, porque las condiciones del universalismo contemporáneo son hechos y son, en todos sentidos, análogas a aquellas del universalismo romano.

La Institución de Ginebra parece un cuerpo sin alma, cerca de un alma suspendida en el vacío. Es necesario hacer entrar el alma que vive en el aire en el cuerpo que carece de ella, y que es lo único que puede ofrecerle un sólido punto de apoyo y de resistencia. Esa era tal vez la razón de ser de la Conferencia del Desarme, con el proyecto de una organización militar internacional. Pero es necesari-

rio también dar al alma de la Sociedad de las Naciones, todavía frágil y abstracta, el aliento de vida de una fe ardiente, viva y eficaz. Mientras no esté animada de un aliento semejante, la Institución de Ginebra será un reino de otro mundo, una semificción en el país de las sombras.

Ahora nos parece que para alcanzar una nueva fe, que inspire una ideología nueva, que eleve el nivel de las costumbres y que cree un estado de alma en armonía con el internacionalismo contemporáneo, existe un problema que no hay que descuidar, porque puede ser la clave de la actual situación. Este problema es el "Problema de Dios," título sugestivo de un libro publicado recientemente. Igualmente es el objeto de nuestro propio estudio.

Podríamos volver a plantear este problema según la declaración de Laplace: "la hipótesis de la existencia de Dios es supérflua porque en su "Sistema" no encontró de El ninguna huella". Ahora bien, al mismo tiempo, el propio Laplace imaginó al superhombre, dotado de omnisciencia, para quien nada sería incierto en el porvenir, ni en el pasado. Aun negando a Dios afirma su existencia.

Ciertamente, cuando se busca la huella de Dios en el mundo físico, no se tiene probabilidad de encontrarla, porque este mundo es, en cierto modo, la negación misma de Dios como del espíritu. En cambio, cuando se busca a Dios en las almas y en el mundo moral y social de la historia, se encuentra, no solamente su huella, sino las razones de su existencia y su existencia misma. Si en el mundo físico no se encuentra a Dios por ningún lado, en cambio, en el social y moral se le encuentra en todas partes, como principio y base de todo. Lo que para el mundo es materia, fuerza, movimiento y causalidad, lo es Dios para el mundo moral. El objeto de este estudio es tratar de ver lo que puede significar la idea y la existencia de Dios y qué relación hay entre Dios y la sociedad.

Vamos a emprender, primero, un examen crítico de las ciencias biológicas, de sus resultados esenciales, para ver qué sugerencias pueden ofrecer en el problema de Dios. Pero las ciencias del espíritu (Lógica del Espíritu de Geometría y del Espíritu de Fineza, C. IV; Lógica de Valores, C. V.) y de la sociedad (sociología, ética y estética, C. VI) son las que serán más particularmente estudiadas. Ciertas nociones consideradas prescrites, como, por ejemplo, la idea de "revelación", "el milagro", "lo sobrenatural", "la gracia", "el juicio final" y "las sanciones supraterrrestres", serán consideradas nuevamente y se verá, si, después de haberlas comparado con las adquisiciones y resultados prácticos de las ciencias contemporáneas, no pudieran éstas resistir una nueva in-

terpretación, aceptable para el espíritu racional actual.

Las sugerencias recogidas en el dominio de estas ciencias serán confrontadas con las ofrecidas por el pensamiento filosófico contemporáneo, para saber si las últimas pueden ser confirmadas, precisándolas lo más posible. En oposición con el positivismo materialista y científico del siglo XIX, que ignoraba o negaba a Dios, la filosofía del siglo XX parece tener la obsesión de Dios. Mientras más adopta actitudes y emplea métodos científicos el pensamiento filosófico moderno, más se orienta hacia los datos de la fe.

Este estudio y la nueva concepción de Dios nos habrían sido imposibles y casi inconcebibles antes, sin los importantes estudios de Bergson, Meyerson, Brunschvieg, Husserl, Mauricio Blondel, Hauter, etc. Si nuestros esfuerzos llegan a algún resultado, se lo deberemos a estos maestros, porque no hemos hecho más que sintetizar las ideas recogidas en sus obras. A menudo encontramos la nueva idea de Dios en sus libros, superficialmente o formulada con más o menos claridad, pero solamente de paso y al azar de la asociación de ideas. Nos parece que ha llegado el momento de reunir, en un solo conjunto coordinado, los diferentes aspectos y rasgos esenciales de la noción ideal de Dios, tales como se encuentran dispersos en las obras de dichos filósofos. Se puede así restablecer la unidad lógica inherente a esos múltiples aspectos y rasgos esenciales de lo divino para integrar al fin la imagen de Dios, del Dios que puede ser comprendido por los hombres de nuestra época, servir de modelo e inspirar la ideología de tiempos futuros. (C. XVI & 1 y 2).

Nos parece que hay razón ahora de reanudar, alrededor del problema de Dios, el esfuerzo que ha realizado Darwin alrededor de la evolución de las especies y Karl Marx a propósito de los problemas sociales. Los filósofos que acabamos de citar han hecho mucho por avanzar en la solución del problema de Dios.

Es cuestión únicamente de abarcar, en una concepción única y armoniosa, en una síntesis viviente, toda la riqueza de sugerencias y de indicaciones que ellos nos han dado. Nos parece que hay que hacer un esfuerzo, realizar una tarea y correr una aventura hasta con riesgo de malgastar la vida, si el esfuerzo fracasa. Posiblemente, así, llegaremos a precisar una nueva visión de Dios, que nos parecerá objetivamente válida y merecerá por esta razón someterse a la apreciación y a la crítica de nuestros contemporáneos.

Tendremos igualmente que examinar, si por ahora no fuera posible que la religión integre la ciencia, porque en esto hay, bajo dos modalidades diferentes, el mismo saber. (C. VII & 1 y 2).

Oponer otra vez la ciencia a la religión es rechazar el tesoro de conocimientos que contiene la religión. Bien ha dicho Mr. Ménégoz: la religión estaría amenazada si la ciencia profana del universo no poseyera la suficiente flexibilidad para incorporarse a ella. La ciencia es incompleta sin la aportación muy preciosa de la religión, como está también la religión en peligro si no obtiene la cooperación de la reflexión filosófica y el apoyo de la ciencia. Habremos hecho, aquí, un esfuerzo tenaz por integrar la religión y la ciencia, y por demostrar que son solidarias, que se apoyan recíprocamente, tan bien, que no pueden finalmente sino caer o progresar juntas. Con frecuencia basta desprender los dogmas cristianos de su vestidura simbólica para identificarlos con las verdades sociológicas de primer orden y hacer avanzar considerablemente la ciencia de las sociedades.

Tendremos que considerar si las conquistas de la ciencia moderna no tienen por finalidad realizar efectivamente los ilusorios milagros de la Biblia y de los Evangelios. La sociedad civil y el Estado han llevado los progresos de la ciencia y de la técnica tan lejos que éstas parecen realizar finalmente una aproximación de omnisciencia y de omnipotencia divinas. (C. XIV y XV). Al mismo tiempo, y por esto mismo, veremos hasta qué punto la dualidad del Estado y la Iglesia o Emperador y Papa, que se explica tan bien por la dualidad humana y divina, ha emprendido de acuerdo y paralelamente una obra común: la deificación del hombre.

Mientras el Estado laico se ha consagrado a los progresos materiales de la vida, a la ciencia, a la técnica y a la realización de la justicia, tendremos que comprobar que la Iglesia ha aportado, con la idea de Dios, la doctrina de la "Redención", (C. XVII) de la "Gracia". (C. XVIII) y finalmente la Técnica de los "Sacramentos," (C. XIX) como si se propusiera realizar en la humanidad los progresos éticos que puedan responder a los progresos materiales, los cuales, abandonados a ellos mismos, llevan a los hombres a peores desastres.

Ciertamente, aunque el objeto de este estudio sea temerario, sus resultados podrán ser legítimos, y ante todo útiles, pero el autor no se hace ilusiones sobre la suerte de su obra. No obstante, quiere colocarse entre aquellos que piensan que "*no se necesita esperar* para emprender, ni triunfar para perseverar", porque piensa que "la vida no es la persecución del imposible a través de lo inútil". Tarde hubiera tenido que poseer el prestigio, el arte exquisito y profundamente seductor de Mr. Bergson, la autoridad y prestancia de MM. Brunshvicg y Lévy-Bruhl, para que las asociaciones y las disociaciones temerarias de ideas que

se permitiera, pudieran atraer y retener la atención que finalmente merezcan.

Y sin embargo, estamos convencidos de que el problema estudiado aquí es el más profundo y, por consecuencia, el más importante en la situación del mundo, y que la solución obtenida está lo más cerca posible de lo que debe ser. No esperando ya el éxito, no nos reconoceríamos ningún mérito eventual, ni buscamos ninguna satisfacción vanidosa. Esto es, para nosotros, la mayor garantía de una independencia completa de espíritu hacia todos y hasta hacia nosotros mismos. Nuestro punto de partida fue, hace más de treinta años, la necesidad de examinar las razones del ateísmo, al cual el primer contacto con las ciencias del cielo y de la vida nos ha conducido, como lleva el espíritu de todos los colegiales. A medida que buscamos las razones del ateísmo, las encontramos, pero en su contra. Entonces ofrecemos aquí el resultado de las investigaciones y de las meditaciones de toda una vida, y nos sentiríamos felices si nuestros esfuerzos fueran continuados por otros, a quienes nuestros hallazgos, si los hay, y nuestros errores, numerosos sin duda, puedan servir.

Si es preciso que la humanidad continúe siendo religiosa, la noción de Dios no puede ser en adelante sino la que resulte de investigaciones análogas a este estudio. Con una concepción nueva de Dios, una religión nueva sería posible para facilitar la adaptación de la mentalidad de nuestra época a la nueva situación que la historia, el desarrollo de las ciencias, de la técnica moderna y de las relaciones internacionales han creado para los pueblos civilizados. En la atmósfera de esta fe renovada, una conciencia moral, activa y eficaz, podría modificar y simplificar las costumbres de los hombres, elevarlos a un nivel que corresponda a las exigencias de nuestro tiempo y salvar a los pueblos del desastre que los espera. Porque solamente ella podría atenuar los egoísmos de clase, de raza, los nacionalismos estrechos y agresivos, y los egoísmos individuales. Solamente una nueva fe permitirá a los sentimientos internacionales difundirse y penetrar en el alma de las masas. La Institución de Ginebra, que no cuenta por ahora sino con la interdependencia económica, sobre la internacional-socialista, y sobre la del capital financiero, podrá al fin encontrar una base real y firme en el corazón de las masas, como, en tiempos pasados, el universalismo católico.

En efecto, cuando los pueblos adquieran la convicción de que la verdadera misión de la humanidad está claramente expresada en la idea de Dios, y que sólo la Sociedad de las Naciones, puede evitar la catástrofe que los amenaza y al mismo tiempo, hacerles su misión más fácil sobre la

tierra, la Institución de Ginebra, podrá, entonces, adquirir la vida y la eficacia que espera y que de otro modo, jamás conocerá. La suerte de la humanidad está estrechamente ligada a la suerte de la Sociedad de las Naciones, y la suerte de esta Institución depende, repetimos, del desarrollo y del éxito de una nueva fe que pueda llevar a la humanidad a una moralidad más elevada. Es posible que la obra de Ginebra fracase momentáneamente y que se abandone durante algún tiempo. Tenemos la creencia de que se volverá a ella, tarde o temprano, después de un nuevo cataclismo más tremendo que el de 1914-1918, o tal vez en el último momento, ante el espectro amenazador de un próximo desastre, que sería el suicidio de la humanidad civilizada. El poder que la ciencia y la técnica dan al hombre peligran volverse contra él y arrastrarlo a su perdición, si un perfeccionamiento adecuado en sus costumbres no hace contrapeso; lo obligará, bajo pena de muerte, a elevarse hasta el nivel de una moralidad casi divina. La situación actual de la humanidad no conduce más que a dos salidas: el suicidio o el ascenso hacia lo divino.

Lo trágico de esta situación ha sido revelado por M. Bergson, en estos términos: "la humanidad gime casi aplastada por sus propios progresos, sin ver con bastante claridad que a ella le incumbe realizar su porvenir. A ella le corresponde, desde luego, decidir si quiere o no seguir existiendo y después si está conforme con vivir solamente o si está dispuesta a hacer el esfuerzo necesario para cumplir en nuestro mundo refractario, con la tarea esencial del Universo, que no es más que una máquina para crear Dioses".

Ahora bien, creemos que solamente puede escoger entre el suicidio y la deificación. Si deja de desear seguir viviendo, le quedan ampliamente abiertos dos caminos hacia el suicidio: las guerras y la disolución de las costumbres. En cambio, si quiere continuar con vida, el engranaje de los procesos científicos y técnicos la obligará a aportar los esfuerzos necesarios para su ascensión moral hacia la divinidad.

Si se niega a hacer estos esfuerzos, es porque habrá cesado de querer vivir y, en esta eventualidad, el suicidio es el único porvenir que le queda.

LAS CANCIONES DEL ISTMO DE TEHUANTEPEC

Por

ANDRES HENESTROSA

El nombre de ANDRES HENESTROSA, inseparable de todas las investigaciones sobre la lengua, la literatura y en general el arte de Juchitán, es bien conocido. Conocedor profundo de su lengua nativa, el zapoteco, y además finísimo espíritu crítico, Henestrosa se ha acercado como ninguno antes al más íntimo ámbito de su raza. En las revistas especializadas en cuestiones lingüísticas quedan múltiples ensayos de este escritor; y entre sus libros debe mencionarse "Los Hombres que Dispersó la Danza", cuya segunda edición prepara la editorial Ercilla. Andrés Henestrosa ha sido distinguido con la beca de la "Guggenheim Memorial Foundation" para realizar estudios en Norteamérica y España.

QUIEN hable de música y de canciones del Istmo de Tehuantepec, dice una mentira o una verdad a medias, porque música indígena propiamente dicha y en general toda manifestación artística no la hay. Esto no evita que por allí quede alguna melodía pura, algún procedimiento de trabajo ancestral, pero ellos son ya tan débiles que no puede llamársele, sin mentir, música indígena, arte indígena. Lo

que de aborigen tienen algunas artes de México es la emoción que hasta las manos le llega al indio cuando trabaja o hasta los ojos cuando canta. Esto que es verdad para todas las regiones del país, es más exacta cuando se refiere al Istmo. Parece, en efecto, que la raza zapoteca, por lo menos la del Istmo, no cantó. Y la música que hizo en vez de cantarla la danzaba; que siempre fue su vida un